

serie teología

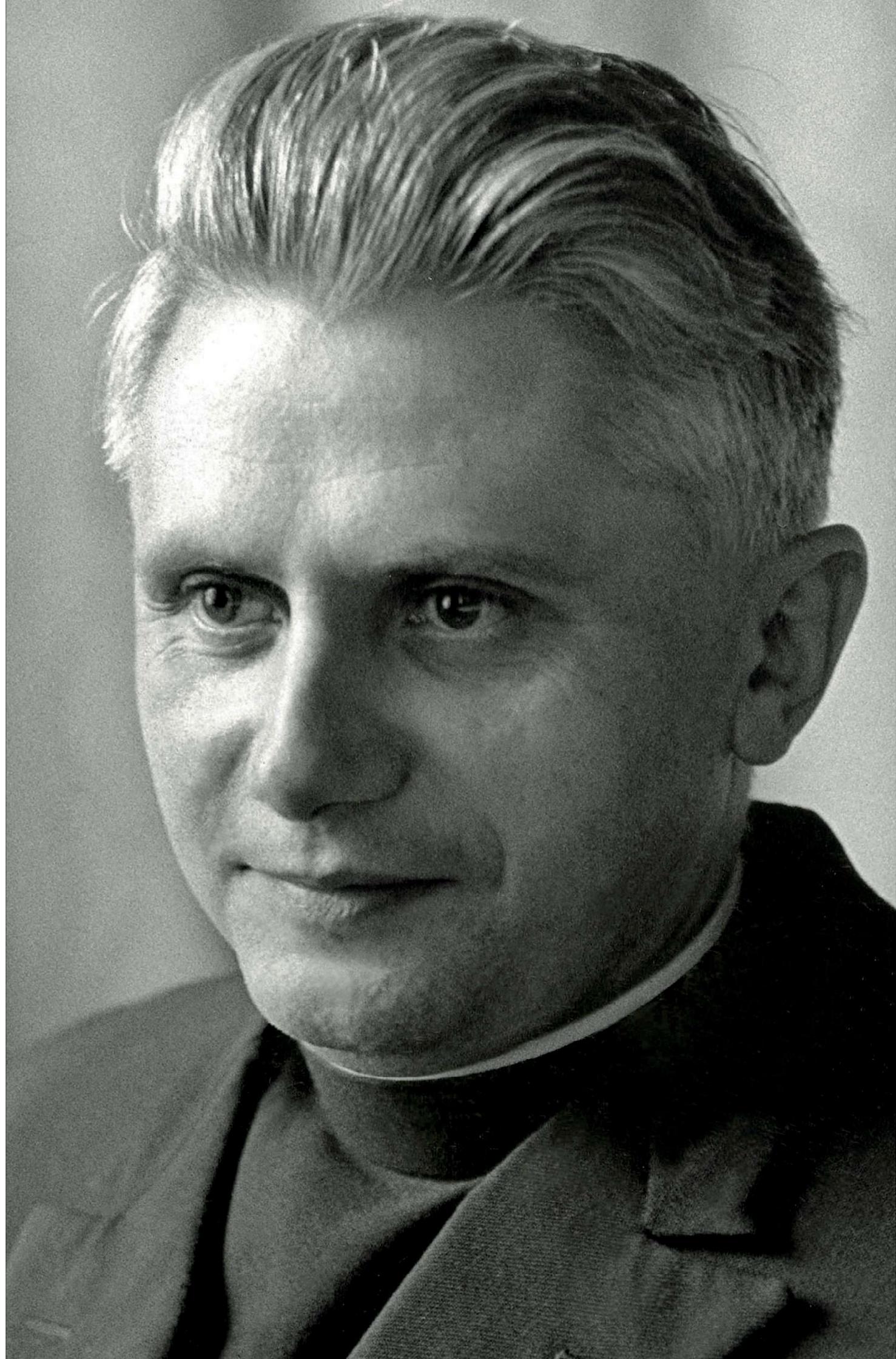
JOSEPH RATZINGER

REVERBERACIONES

BENEDICTO XVI

EDITORIAL
UPAEP

JUAN PABLO ARANDA
MAURICIO LÓPEZ NORIEGA
COORDINADORES



UPAEP

Emilio José Baños Ardavín, *Rector*.
José Antonio Llergo Victoria, *Secretario General*.
Jorge Medina Delgadillo, *Vicerrector de Investigación*.
Mariano Sánchez Cuevas, *Vicerrector Académico*.
Javier Taboada, *Director Editorial*.

JOSEPH RATZINGER/ BENEDICTO XVI:
R E V E R B E R A C I O N E S

Primera edición, 2024.

© Juan Pablo Aranda y Mauricio López Noriega, coordinadores.

© de los textos, sus autores.

© de las fotografías: Fundación Internacional Ratzinger; Flickr (bajo la licencia Creative Commons Attribution-Share Alike 2.0 Generic).

D.R. © Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla, A. C.
21 Sur 1103, Barrio de Santiago, Puebla, Puebla, 72410.
editorial@upaep.mx

Diseño editorial: Agustín Romero

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita de los titulares del copyright.

ISBN: 978-607-69993-5-6

Impreso en México

J O S E P H R A T Z I N G E R

REVERBERACIONES

B E N E D I C T O X V I

UN HOMENAJE

JUAN PABLO ARANDA

MAURICIO LÓPEZ NORIEGA

C O O R D I N A D O R E S

EDITORIAL
UPAEP

serie teología

Í N D I C E

- 9 **PRÓLOGO**
- 16 **EL CRISTIANISMO COMO INTELIGENCIA DE LA VERDAD**
TRES DISCURSOS DE JOSEPH RATZINGER EN LAS UNIVERSIDADES
DE BONN, SORBONA Y RATISBONA
Riccardo Colasanti
- 35 **JOSEPH RATZINGER Y LA MODERNIDAD**
Juan Pablo Aranda Vargas
- 52 ***CARITAS IN VERITATE***
COMO RESPUESTA AL PENSAMIENTO DÉBIL DE VATTIMO
Roberto Casales García
- 63 **«CREO EN DIOS PADRE TODOPODEROSO, CREADOR DEL CIELO Y DE LA TIERRA»**
APROXIMACIÓN A LOS ALCANCES EPISTÉMICOS
Y PRÁCTICOS DE LA FE CRISTIANA EN JOSEPH RATZINGER
EN DIÁLOGO CON ARISTÓTELES
Uriel Ulises Bernal Madrigal
- 81 **TEOLOGÍA DE LA ELECCIÓN Y TEOLOGÍA POLÍTICA**
MITOS Y ¿PROFECÍAS POLÍTICAS?
Manuel Alejandro Gutiérrez González

PROFECÍA O ESCENARIO: LA PROPUESTA DE FE Y FUTURO	102
<i>Luis Ignacio Arbesú Verduzco</i>	
ESENCIA Y MISIÓN DE LA UNIVERSIDAD	123
EN EL PENSAMIENTO DE BENEDICTO XVI	
<i>Jorge Medina Delgadillo</i>	
ARTE Y TEOLOGÍA	139
NOTAS PARA PENSAR EL ARTE SACRO DESDE JOSEPH RATZINGER	
<i>Brenda Mariana Méndez Gallardo</i>	
BENEDICTO XVI Y LA MÚSICA EN LA LITURGIA	152
<i>Herminio Sánchez de la Barquera y Arroyo</i>	
EL TRIUNFO DE LA DOXOLOGÍA	170
SACRAMENTO Y MARTIRIO EN LA TEOLOGÍA DE LA LITURGIA	
<i>Daniel González Martín del Campo</i>	
CREACIÓN Y EVOLUCIÓN EN EL MAGISTERIO DE BENEDICTO XVI	191
<i>Manuel Alejandro Gutiérrez González</i>	
EL LUGAR DE LA ESPERANZA EN JOSEPH RATZINGER	212
<i>Urbano Ferrer Santos</i>	
SEMBLANZAS	229

PROFECÍA O ESCENARIO: LA PROPUESTA DE *FE Y FUTURO*

LUIS IGNACIO ARBESÚ VERDUZCO

Una de las características del castellano radica en la posibilidad de distinguir la diferencia entre ser y estar mediante dos verbos distintos. En idiomas como el inglés, el francés e incluso, en lenguas «muertas» como el latín no se presenta esa distinción, ser y estar son un mismo vocablo. Sin embargo, la diferencia es clara. El ser hace referencia a la naturaleza del sujeto mientras que el estar lo coloca en el vínculo con su entorno. Quizá por ello en castellano Ortega y Gasset concluyó, en su primera meditación, la célebre idea: «Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo».¹

Esta idea clásica de la filosofía en nuestro idioma ha resultado ser de gran utilidad para acercarse al encuentro de la realidad en todas las áreas del conocimiento. En la salud, por ejemplo, cualquier ejercicio clínico se caracteriza por interpretar los síntomas del sujeto y ubicarlos en su situación concreta. En las ciencias «duras», al analizar el comportamiento de la materia sucede algo similar, se delimita la porción a observar e inmediatamente se le vincula con su ámbito (tiempo y espacio), tanto próximo como lejano. El fenómeno se replica en los estudios del comportamiento humano y el funcionamiento de las organizaciones. Los diagnósticos proponen determinar cuatro factores: por un lado, la fortaleza y la debilidad del objeto de estudio y, por el otro, la oportunidad y la amenaza de su entorno.² El yo y su circunstancia, el ser y el estar, el sujeto y su vínculo con el todo que lo entorna, son los elementos que, a nuestro juicio, Joseph Ratzinger ha contemplado de manera constante, al menos en los límites de su obra conocida por nosotros hasta este momento, al proponer observar la realidad a partir de todos los elementos que la integran.

¹Ortega y Gasset, José, *Meditaciones del Quijote*, 1914, p. 12. Libro digital, disponible en: <https://demiurgord.files.wordpress.com/2014/09/meditaciones-del-quiote.pdf>, Acceso 19 de noviembre de 2022.

²V. Arteaga, R., *Matriz FODA o DAFO* (Curso en línea), Coordinación de Universidad Abierta, Innovación Educativa y Educación a Distancia, UNAM, 2020, pp. 1-3. Recuperado de <https://repositorio.unam.mx/contenidos/500037> [acceso 7 de septiembre de 2023].

Es el caso del texto al que haremos referencia. Poco tiempo después de concluido el Concilio Vaticano II y en plena Guerra fría,³ el entonces joven profesor de la universidad de Tubinga fue entrevistado en una serie de cinco programas por la radio del sur de Alemania. La idea fue imaginar el futuro de la Iglesia. Las diferentes entrevistas se integraron en un libro aparecido en 1970 en alemán y en 1972 en castellano bajo el título de *Fe y futuro*.⁴ La última entrevista, ubicada en el capítulo «Qué aspecto tendrá la iglesia del año 2000» presenta, según algunos lectores contemporáneos y de forma impactante, una profecía de quien sería después el papa Benedicto XVI, donde anunciaba el futuro de la Iglesia, planteando su reducción; su posible regreso a las catacumbas y finalmente su renovación.

A lo largo de los capítulos se entreteje un trabajo intelectual alrededor de la fe y del ser de la Iglesia, así como de su estar en diferentes circunstancias de la historia. En esta exposición se intenta presentar su profundidad académica, para lo cual nos preguntamos si la idea de estar en presencia de una profecía, en el sentido de una predicción del futuro con base en una revelación divina, es correcta. Para ello, se parte de un cuestionamiento central: ¿de qué manera construyó el profesor Joseph Ratzinger su idea del futuro de la Iglesia? Nuestra respuesta hipotética supone encontrarnos frente a un ejercicio prospectivo más que ante una revelación divina. Intentaremos, en un primer momento, mostrar la forma como se inició la obra, con un ejercicio retrospectivo contenido en los tres primeros capítulos. Después, se analizará la presencia de un ejercicio diagnóstico con base en los trabajos de planificación gubernamental en la segunda mitad del siglo XX y, finalmente, se verá la construcción de un escenario posible, más que la transmisión de una revelación divina.

³«La Guerra Fría fue un período marcado por un conflicto político-ideológico entre Estados Unidos y la ex Unión Soviética (URSS), entre 1947 y 1991. Este lapso polarizó al mundo en dos grandes bloques, uno alineado con el capitalismo y otro alineado con el comunismo», «¿Qué fue la Guerra Fría?», *National Geographic*, 7 de noviembre de 2022. <https://www.nationalgeographic.com/historia/2022/11/que-fue-la-guerra-fria#:~:text=La%20Guerra%20Fr%C3%ADa%20fue%20un,otro%20alineado%20con%20el%20comunismo> [acceso 19 de julio de 2023].

⁴En castellano, v. Ratzinger, Joseph, *Fe y futuro*, Salamanca, Sígueme, 1972.

Criterios del desarrollo de la exposición

Uno de los aspectos más importantes para los seres humanos, además de identificar su ser a lo largo de la historia, ha sido el poder ubicar su posición frente a todo tipo de fenómenos de su circunstancia. El avance en la comprensión de su estar les ha permitido contar con un punto de partida para la generación del conocimiento de su entorno. Todo conocimiento parte siempre de un yo que conoce tanto su propia naturaleza como el vínculo con lo que lo rodea. Además, en la medida en que los fenómenos son entendidos, surge la posibilidad de su empleo y aprovechamiento mediante aplicaciones prácticas. Con base en lo anterior, entenderemos a la ciencia como a la generación del conocimiento de los objetos y de su circunstancia y a la tecnología, como la aplicación práctica de dicho conocimiento.

De ellos surge la confiabilidad como resultado de una certeza y ésta nace de la verdad. Pero, «¿qué es la verdad?», preguntaba Poncio Pilato a Jesucristo sin esperar respuesta. O mejor aún, suponía lo relativo de las posibles respuestas. Sin embargo, afirmó inmediatamente después una verdad frente al pueblo: «no encuentro en él ningún delito» (Jn. 18, 38). Relatividad en el cuestionamiento y particularidad en el juicio. En este trabajo entendemos la verdad como la correspondencia con la realidad y, en ese sentido, encontramos en la obra de Ratzinger una constante o, mejor aún, una congruencia entre sus cuestionamientos y sus juicios con base en dos principales criterios o elementos: por un lado, una permanente fidelidad a la verdad, tanto como hipótesis de partida ante cualquier situación, como en sus investigaciones, análisis y presentaciones; por otro lado, una profunda observación de la realidad a partir del estudio del conjunto de factores que la integran. Un momento histórico en que se evidencia el manejo de estos dos aspectos se dio en su discurso al recibir el doctorado *Honoris causa* por la Universidad de Navarra. Al presentar la forma en que la teología se transforma en algo más que una ciencia de la religión, dirigió la reflexión a un estudio que traspasaba el concepto de la naturaleza, analizado y cuestionado por sus contemporáneos.⁵

⁵Para ver un ejemplo concreto de estas discusiones y posturas, puede consultarse el caso del debate en torno a la naturaleza humana entre Noam Chomsky y Michel Foucault, en la televisión holandesa, en noviembre de 1971, *cfr.* Chomsky, N. y Ch. Foucault, *La naturaleza humana: justicia versus poder*, Buenos Aires, Katz Editores, 2012⁴, primera parte, pp. 7 y ss.

¿Qué es propiamente la teología? Si la teología quiere y debe ser algo distinto de la ciencia de la religión, algo distinto de un simple tratar las cuestiones irresueltas sobre lo que nos trasciende y a la vez, sin embargo, nos constituye, entonces ha de basarse únicamente en el hecho de que surge de una respuesta que nosotros no hemos inventado. Pero para que esta respuesta sea verdaderamente respuesta para nosotros, debemos esforzarnos en comprenderla y no dejar que se diluya.⁶

Aquí se encuentra el primer punto: los seres humanos estamos repletos de preguntas cuyas respuestas son descubiertas, entonces: ¿la generación de conocimiento implica su construcción o la consciencia de la realidad? Ratzinger nos muestra, más adelante, una dimensión amplia, dinámica, científica —en cuanto generadora de conocimiento— y técnica —como guía para su aplicación práctica— de la teología, buscando, como él mismo señaló, que no se diluya:

En el proceso de la ciencia el pensamiento precede a la palabra. Y se traduce en la palabra. Pero aquí, donde nuestro pensamiento fracasa, es enviada la Palabra desde el Pensamiento eterno, en la que esconde un fragmento de su esplendor, tanto cuanto somos capaces de resistir, tanto cuanto necesitamos, tanto cuanto puede la palabra humana formular. Conocer el significado de esta Palabra, entender esta Palabra es la más honda razón de ser de la Teología, razón que nunca podrá tampoco faltar del todo en el camino de fe de los fieles sencillos.⁷

Su fidelidad por la Verdad consiste entonces en la fidelidad a esa Palabra (con mayúscula, se trata de un estudio teológico) y se complementa, siguiendo el discurso, al mostrarla en la Escritura. Nos encontramos ante el trabajo de un profesor, un ser humano sencillo que se reconoce como creatura. Lo interesante está en el hecho de que ese reconocimiento le va a permitir adaptar, ampliar, modificar y construir la realidad descubierta para después formar un vínculo social.

⁶Ratzinger, Joseph, *Discurso del Cardenal Joseph Ratzinger con motivo de su investidura como doctor honoris causa por la Universidad de Navarra*, ACI Prensa, 31 de enero de 1998. <https://www.aciprensa.com/Docum/honoris98.htm><https://www.aciprensa.com/Docum/honoris98.htm> [acceso 11 de abril de 2023].

⁷Ibidem.

La palabra abarca, como decía Séneca, lo humano hasta constituirse en un cuerpo social y contiene todos los elementos constitutivos de la realidad.⁸

Por su parte, Ratzinger escribe: «La Escritura, la Palabra que nos ha sido dada como presupuesto, la que está en el centro de los esfuerzos de la Teología, no está aislada, por su misma naturaleza, ni es solamente un libro. Su sujeto humano, el Pueblo de Dios, está vivo y se mantiene idéntico consigo mismo a través de los tiempos».⁹ Por ello, incluso no puede ser poseída, porque supera en su todo un resultado mayor al de sus componentes: «la Palabra no pertenece a un único autor, sino que vive en una historia que progresa, y posee, por eso, una extensión y una profundidad hacia el pasado y hacia el futuro que finalmente se pierden en lo imprevisible».¹⁰ En consecuencia, agrega más adelante, no es resultado de un pensamiento único e individual en términos humanos sino de una lógica trascendente: «Ciertamente, la Escritura es portadora del pensamiento de Dios. Esto hace que sea única y que se convierta en “autoridad”. Pero viene mediada por una historia humana. Encierra el pensar y el vivir de una comunidad histórica, a la que llamamos “Pueblo de Dios” precisamente porque ha sido reunida y mantenida en la unidad por la irrupción de la Palabra divina».¹¹

¿Qué sucede cuando no se contempla la totalidad de los factores en una observación, análisis e interpretación de la realidad? Y, sobre todo, ¿qué sucede cuando no se contempla la verdad como correspondencia con la realidad y se pretende basar la confianza, la confiabilidad del conocimiento, solamente en los indicadores?

⁸Carmen Codoñer afirma: «El hombre desde que nace pertenece a una comunidad reglada de acuerdo con determinadas normas, pero también es parte del género humano al que está vinculado por lazos no explícitos, si bien comunes a todos los seres divinos y humanos y, en condición de tal, forma parte del universo» («Hombre y sociedad en Séneca», *Liburna*, 14, Supl., octubre 2019, p. 101), y enseguida cita a Séneca, quien, en *De otio*, 4, 1, establece: «Abracemos en nuestro espíritu dos repúblicas, una grande y verdaderamente pública, que abarca a los dioses y a los hombres, en la que no podemos fijarnos en esta o aquella esquina, sino que medimos según el sol los límites de nuestra comunidad; la otra, a la que nos asignó la situación de nuestro nacimiento» (*Duas res publicas animo complectamur, alteram magnam et uere publicam, qua dii et homines continentur, in qua non ad hunc angulum respicimus aut ad illum, sed terminos ciuitatis nostrae cum sole metimur, alteram, cui nos adscripsit condicio nascendi*).

⁹Ratzinger, *Discurso del Cardenal Joseph Ratzinger con motivo de su investidura como doctor honoris causa por la Universidad de Navarra*, op. cit.

¹⁰Ibidem.

¹¹Ibidem.

El profesor Ratzinger fue dando respuesta a estos cuestionamientos a lo largo de las primeras tres entrevistas presentadas en los primeros capítulos del texto *Fe y futuro*. Para ello construyó un análisis retrospectivo con base en tres relaciones contrastantes con el concepto de fe: la ciencia, la existencia y la filosofía.

Fe y ciencia

En este apartado expondremos la forma en que Auguste Comte¹² emitió su diagnóstico sobre el desarrollo de la conciencia humana, la cual llega a la mentalidad positiva, en la que la idea de Dios deja de ser importante por medio de un proceso que inicia con una visión teológico-mágica y pasa por una etapa metafísico-absoluta. «Para Comte, la hipótesis Dios ya no es necesaria para la comprensión del mundo [...] porque [...] la fe es algo irrealizable».¹³

Más adelante, Ratzinger afirma que «la filosofía, al igual que la ciencia natural, hoy no se cuestiona ya por la verdad, sino sólo por la exactitud de los métodos empleados; y el pensamiento lógico, sobre todo el análisis del lenguaje, experimenta independientemente de la cuestión de si la realidad corresponde a los puntos de partida del pensamiento: la realidad aparece sin más como inalcanzable»¹⁴ y, dado que la verdad es la correspondencia con la realidad, ello implica el abandono de la verdad *a priori*, para subrayar a continuación: «la renuncia a la verdad misma, el repliegue a lo constatable y a la corrección de los métodos pertenece a las notas típicas de la cientificidad moderna».¹⁵ Se evidencia un proceso de reducción, suprimiendo el núcleo de lo trascendente del análisis de la realidad. En dicho proceso, el ser humano se enfrasca en un movimiento recurrente sobre sí mismo, el cual, lejos de liberarlo, lo va encadenando en su misma dinámica. «El hombre se mueve aún sólo en la propia cápsula, la agudización de sus métodos de observación no le ha llevado a liberarse más de sí mismo y a avanzar en el uso de las cosas; en lugar de esto lo ha hecho prisionero de sus métodos,

¹²Para presentar a Comte, Ratzinger nos remite al clásico texto de Henri de Lubac, *El drama del humanismo ateo*, Madrid, EPESA, 1949, pp. 153-309.

¹³Ratzinger, *Fe y Futuro*, *op. cit.*, p. 14.

¹⁴*Ibid.*, p. 21

¹⁵*Ibidem.*

prisionero de sí mismo». ¹⁶ Pensemos en los cuestionamientos actuales sobre la inteligencia artificial.

Sin embargo, Ratzinger descubre y presenta una situación contradictoria: «Por paradójico que suene, precisamente hoy existe un anhelo de fe. Es totalmente claro que, solo, no basta el mundo de la planificación y de la investigación, del cálculo exacto y de la experimentación [...] Una de las características de nuestra existencia actual no es sólo el malestar ante la fe, sino igualmente el malestar ante el mundo científico». ¹⁷

¿Anhelo y malestar ante la fe?

De manera generalizada, se entiende a la fe como un conjunto de creencias, personales o colectivas, en alguien o en algo como la religión. Históricamente, como afirma Comte en sus etapas del proceso cognitivo, la fe sirvió para explicar y comprender el mundo. Sin embargo, al igual que la mentalidad positiva, ninguna parece ser suficiente para hacerlo. Esto podría explicar el malestar, pero, ¿de dónde surge el anhelo por la fe? La ciencia genera confianza con base en *algo*; la fe, sobre todo la fe cristiana a la que Ratzinger hace alusión, genera confianza en relación con *alguien*:

La forma básica de la fe cristiana no es: yo creo algo, sino: yo creo en ti. La fe es una apertura a la realidad, que conviene sólo al que confía, al que ama, al que actúa como hombre. Como tal, la fe no tiene su origen en la ciencia, sino que es primordial como ella, es, como ella, sustentadora y nuclear de lo auténticamente humano [...] la fe es una adhesión a Dios que nos da esperanza y confianza [...] ya ahora se ve claro que el contenido no es comparable a un sistema científico, sino que presenta la forma de la confianza. Por esto, en último término, no depende de conocer o estudiar todos los detalles y contenidos particulares de la fe. ¹⁸

¹⁶*Ibidem.*

¹⁷*Ibid.*, pp. 20-21.

¹⁸*Ibid.*, p. 23. Esto se ha mantenido continuamente también en las *Summae* medievales; *cfr.*, por ejemplo, Buenaventura, Sent II I d. 25, a. 1, q. 3: *Credere autem omnes articulos explicitè et distincte... non est de generali fidei necessitate* (nota original de *Fe y futuro*, *op. cit.*, p. 23.)

Y en otro sitio confirma la idea:

Porque, en su núcleo, repitémoslo una vez más, la fe no es un sistema de verdades, sino una entrega. La fe cristiana es «encontrar un tú que me sostiene y que en la imposibilidad de realizar un movimiento humano da la promesa de un amor indestructible que no sólo solicita la eternidad, sino que la otorga. La fe cristiana vive de esto: de que no existe la pura inteligencia, sino la inteligencia que me conoce y me ama, de que puedo confiarme a ella con la seguridad de un niño que en el tú de su madre ve resueltos todos sus problemas. Por eso la fe, la confianza y el amor son, a fin de cuentas, una misma cosa, y todos los contenidos alrededor de los que gira la fe, no son sino concretizaciones del cambio radical, del “yo creo en tí”, del descubrimiento de Dios en la faz de Jesús de Nazaret, hombre».¹⁹

Quizá por ello el hombre contemporáneo no encuentra la paz. La paz no es un logro como la ausencia de un estado de guerra: ¡es un resultado! No se trata de construir la paz, sino de ser paciente y apacentar, y esto no es el resultado de un proyecto o un trabajo estructurado, sino de una entrega. Se tiene paz cuando existe el abandono en otro más grande que nos sostiene: como un bebé en brazos de sus padres. El gran indicador de la paz es la fe de quienes se adhieren a algo positivo, verdadero, justo y bello.

Fe y existencia

Siguiendo el punto anterior, Ratzinger agrega un cuestionamiento: si «la fe cristiana no es primariamente un misterioso sistema de verdades sino una postura existencial”, sino más bien una *entrega*, «¿qué orientación existencial elige un hombre que se decide a poner de acuerdo su vida con las exigencias de la fe?»²⁰

Es decir, el ser humano, si es congruente con la fe como entrega a alguien, deberá confiar hasta las últimas consecuencias en su misma existencia y para explicarlo se va a apoyar en tres figuras; la primera detalla la forma como Abrahán se abandona a la confianza en Dios al grado de dejarlo todo, desde su país hasta la promesa misma de Dios en su inmensurable descendencia, al estar dispuesto a sacrificar a su hijo:

¹⁹Ratzinger, *Fe y futuro*, op. cit., p. 25 (en este párrafo, él mismo cita su *Introducción al cristianismo*, Salamanca, Sígueme, 1971, pp. 57 ss.).

²⁰Ratzinger, *Fe y futuro*, op. cit., p. 27.

¿Llevado por la certeza de que precisamente así se le concedería futuro [...] abandona el presente en aras de lo por venir [...] Confía en lo que aún no puede ver y así se capacita para lo nuevo, para la ruptura de lo ya tenido [...] Dios es para él más importante que él mismo y que las cosas materiales que puede dominar. Se destruye la cerrazón en lo calculable, en los bienes en que el hombre se encierra; se abre un horizonte nuevo [...] infinitamente amplio: hasta lo eterno, hasta el creador. Termina el estar recortado al contorno y se pone de relieve la verdadera vocación del hombre, que no está abierto al mundo circundante, sino al mundo, al todo, que no se detiene ante ningún límite, sino que se interroga para llegar al fundamento de todas las cosas. El todo se presenta en la imagen y en la realidad de una peregrinación. Abrahán está de camino [...] Abrahán se convirtió en un apátrida, que encontró su patria precisamente en la certeza de su fe [...] Significa la anteposición del futuro al presente. Significa vivir en el espíritu de la confianza. Significa la certeza de que Dios es quien otorga al hombre el futuro. Significa salir del mundo de lo calculable y diario para abrirse a un contacto con lo eterno; significa el intrépido coraje de que el hombre puede tener que ver con el eterno, frente a la burguesa pequeñez de corazón que no quiere mirar más allá de lo inmediato y no se confía a lo grande; el ánimo de pensar que en la vida humana se podría girar alrededor de algo más que el pan de mañana y del dinero de pasado mañana.²¹

Aquí se presenta otro problema: para Abrahán la confianza en Dios se basa en una promesa de futuro a partir de un diálogo en el cual el hombre no confía. Se requiere entonces otra figura. Es necesario un punto de unión entre el ser que confía y ese alguien en quien confiar y, para ello, Ratzinger propone una segunda figura, la de Cristo, es decir, del Dios encarnado. La figura de la encarnación de Dios implica, en sí misma, el reconocimiento de la naturaleza humana más allá del hombre como individuo. Exige su reconocimiento de manera genérica. No será ya un solo hombre, como en el caso de Abrahán, quien se vincula con Dios, sino todos los hombres, en tanto comunidad humana, quienes se vinculan con Dios:

Dios sólo viene a los hombres a través de los hombres, así también los hombres no llegan unos a otros sino a través de Dios. La relación con Dios no es asunto privado del individuo, en el que en adelante nadie podría ni debería entrar. Más bien es algo totalmente interno y totalmente público al mismo tiempo: Dios ha creado al hombre de forma que los individuos no se relacionen con Él de modo independiente y paralelo, como si cada uno pudiera sentir y captar

²¹*Ibid.*, pp. 30-32.

internamente a Dios por su cuenta; los hombres sólo pueden llegar a Dios en común, precisamente la búsqueda de Dios los refiere unos a otros: la tesis de que la religión aliena al hombre sólo se puede aplicar a sus formas decadentes.²²

Resulta ser una idea extremadamente interesante: la encarnación de Dios en la naturaleza humana, además de redimirla de sus límites, la eleva a un estadio superior, lo cual presenta un doble efecto: por un lado, el cumplimiento y la continuación de la promesa a Abrahán y, por el otro, el enriquecimiento del significado de lo humano, al proponer su vínculo con Dios como algo público e íntimo al mismo tiempo.

Se pregunta Pablo cuál fue el auténtico contenido de la fe de Abrahán y contesta: él creyó, contra todas las apariencias, que Dios le otorgaría de Sara, su mujer, el heredero que lo podía hacer padre de muchos pueblos [...] Abrahán creyó en que se le regalaría del seno ya muerto de Sara el heredero, el portador del futuro [...] creyó que de la muerte le vendría la vida [...] la fe cristiana confía en Dios que ha resucitado a Jesús de entre los muertos; que la fe sigue aun siendo, por tanto, fe en el Dios que de la muerte hace surgir la vida [...] La fe en el Cristo resucitado no es otra cosa que la fe de Abrahán: promesa de un futuro, de una tierra. Orientación hacia esas realidades. Lo único es que este futuro se concibe de forma radicalmente distinta. Es un futuro que supera los límites de la muerte, que es la auténtica antítesis de la referencia al futuro en el hombre.²³

En contraste, frente a un mundo sin futuro para el ser humano surge en él, de manera paradójica, la idea del absurdo. Existen dos conceptos íntimamente relacionados los cuales, a pesar de ser comúnmente confundidos como sinónimos, poseen un contenido profundamente distinto y antitético: lo rutinario y lo cotidiano. Lo rutinario se refiere a la repetición mecánica y recurrente de actividades, hechos o circunstancias, mientras que lo cotidiano hace referencia a lo que acontece a cada momento. No tienen por qué ser similares, al contrario: cuando lo cotidiano se vuelve rutinario, se hace insostenible. Esa es la más fuerte consecuencia de un mundo sin futuro y, para explicarlo, el profesor Ratzinger presenta una tercera figura: la del ser humano frente a la realidad de la muerte, con una cita de las memorias de Simone de Beauvoir:

²²*Ibid.*, pp. 32-33.

²³*Ibid.*, pp. 34-35. La pregunta de Pablo se encuentra en el capítulo 4 de la *Carta a los romanos*.

Cuando por la tarde había bebido un vaso de más, podía suceder que derramase ríos de lágrimas. Se despertaba mi antiguo anhelo de absoluto, de nuevo descubría la fatuidad del esfuerzo humano y la amenazadora cercanía de la muerte... Sartre niega que la verdad se encuentre en el vino y en las lágrimas. En su opinión el alcohol me ponía melancólica y yo camuflaba mi estado con razones metafísicas. Yo, por el contrario, mantenía que la embriaguez apartaba la defensa y los controles que normalmente nos protegen de las certezas insoportables y me obligaba a mirarlas de frente. Hoy creo que en un caso privilegiado como el mío la vida encierra dos verdades entre las cuales no se da elección, hay que salir a su encuentro simultáneamente: la alegría de existir y el horror ante el fin.²⁴

Cristo permite la vida de la cotidianidad y su presencia rompe cualquier rutina. Aquí surge, la más grande genialidad del cristianismo:

Crear en el Dios de Jesucristo significa creer en el Dios que aun tras el muro de la muerte, y entonces más que nunca, da comienzo al futuro. También ahora la fe significa la salida de lo visible y mensurable hacia algo mayor. También ahora significa romper el horizonte y extenderse más allá de todas las limitaciones. También ahora significa ponerse en peregrinación y superar la falsa vida sedentaria que clava al hombre en lo que es «pequeño, pero mío» y le arrebató así su verdadera grandeza [...] lo que conviene al hombre no es lo conforme a la meta momentánea sino lo conforme a la eternidad, lo que lo expande más allá del instante [...] La fe en el Cristo resucitado, en el Dios que da vida más allá de la muerte, otorga responsabilidad, da peso al presente, porque lo pone bajo la medida de lo eterno.²⁵

Fe y filosofía

El profesor Ratzinger aborda el nuclear problema de la reflexión filosófica. Inicia su análisis con una afirmación: «El dilema en que hoy se encuentra la fe cristiana tiene múltiples motivos. Pero uno de los más importantes consiste en que la fe se encuentra abandonada por la filosofía y por eso se ve repentinamente, por así decirlo, colgada en el vacío».²⁶ Enseguida desarrolla un recorrido

²⁴*Ibid.*, p. 36. Las citas están tomadas de una traducción alemana de las *Mémoires* de Simone de Beauvoir, citadas, a su vez, en el pequeño trabajo de Lauter, H. J., «Der ungläubige Mensch im Angesicht des Todes», *Sein und Sendung*, I, 1969, pp. 255-260.

²⁵*Fe y futuro, op. cit.*, p. 37-39.

²⁶*Ibid.*, p. 43.

por diferentes posturas, explicando sus alcances y limitaciones, haciendo gala de su talla intelectual. Después de mostrar la unidad entre la filosofía y la fe durante la Edad media, explica la forma como «en la incipiente Edad moderna la filosofía creó una especie de campo de tránsito entre las ciencias exactas, donde, por método, Dios *fue* puesto entre paréntesis». ²⁷ Para, subrayar la forma en que los diferentes autores depositan la certeza en el desarrollo del conocimiento en los dominios de la física y, para explicar cómo «ya no se da una filosofía, sino sólo filosofías [*sc. donde*] la fe ya no puede anclarse fija y seguramente en ninguna parte dentro del ámbito del pensamiento humano; si hace tal intento, se agarra al vacío». ²⁸

Posteriormente explica los alcances y las limitaciones del estudio de la razón de Kant. Muestra las repercusiones de considerar solamente a la experiencia con el entendimiento, la voluntad y el sentimiento como las únicas formas de comprender el mundo planteadas por el teólogo evangélico berlinés Schleiermacher. Cuestiona, apoyado en las ideas de Klaus Eberhard Welker, la postura de entender a la religión solamente a partir del estudio de las religiones mismas. Por último, muestra un nuevo punto de quiebre donde culmina la teología del siglo XIX con el trabajo de Karl Barth:

El punto de partida de Barth [...] se orienta en dirección totalmente opuesta con apasionada energía: la fe no necesita ningún punto de apoyo en la razón; ni puede ni debe tenerlo; según Barth, el error, tanto de gran parte de la tradición católica como también de Schleiermacher, consiste justamente en que buscan un apoyo; y así violentan tanto a la razón como a la fe [...] En verdad la fe es la pura contradicción, lo que no podemos fundamentar porque nos fundamenta y nos precede, previamente a toda nuestra reflexión. Es la acción de Dios en nosotros, acción libre de toda atadura. Esta idea posibilita a Barth ser al mismo tiempo radicalmente moderno y radicalmente creyente: [...] El grito del que se subleva contra este Dios está más cercano a la verdad que los artificios de quienes pretenden justificarlo [...] Si la fe es el paradójico actuar de Dios en nosotros, entonces es claro que el hombre nunca lo puede probar a partir de sí mismo; las pruebas son ya huída ante la fe. ²⁹

²⁷*Ibidem.*

²⁸*Op. cit.*, p. 44.

²⁹*Ibid.*, pp. 47-48. Barth *apud* Zahrnt, H., *A vueltas con Dios. La teología protestante en el siglo xx*, Zaragoza, Hechos y Dichos, 1972, p. 88. (=K. Barth, *Der Romerbrief*, München, 1929).

Así, Ratzinger afirma la posibilidad de seguir solamente dos opciones diferentes y contradictorias: el abandonarse totalmente en lo profano o el abrazo total a la palabra de Dios. Lo interesante en este punto es la condición según la cual, al aceptar la palabra de Dios sin ataduras se crea fe, pero se suprime la religión.

Pero junto a este decidido sí a la situación sin Dios de la conciencia moderna, coexiste de nuevo una fe completa: la palabra de Dios se manifiesta de nuevo como un objeto frente al espíritu humano, ya no es una forma de nuestra conciencia, sino precisamente lo que sale a nuestro encuentro desde fuera y se apropia de nosotros³⁰.

Aquí procede el profesor Ratzinger, a evidenciar el cambio a la época contemporánea de los estudios en ésta rama del conocimiento.

La fe, reducida por Schleiermacher a la piedad subjetiva, vuelve ahora a ponerse de relieve en su objetividad y en su no disponibilidad por el hombre [...] Con estos estridentes acordes se inició la teología moderna; los espíritus más atentos y críticos (entre ellos Rudolf Bultmann) abandonaron la posición de los liberales y se volcaron en Barth, porque podían así ser radicalmente críticos y a la vez, de nuevo, radicalmente cristianos.³¹

A continuación, se presenta la eliminación de la dogmática eclesial de Barth a manos de una «neo-ortodoxía» donde «Bultmann ha dado un primer paso, Bonhoeffer un segundo, Dorothee Solle y los teólogos de la muerte de Dios un tercero»,³² fortaleciendo solamente una visión materialista. Así, seguido de una exposición de las consecuencias de este planteamiento, «ya no se dan certezas filosóficas comunes, si es que no se quiere decir que la única certeza participada por todas las filosofías de hoy es precisamente la de que más allá de las ciencias exactas no es posible nada cierto».³³ Finalmente, el profesor de la universidad de Tubinga plantea conclusiones sintetizadas y numeradas de la siguiente manera:

³⁰*Fe y futuro*, op. cit., p. 48 y cfr. Robinson, J. M., *Kerygma und historischer Jesús*, Zurich, Zwingli, 1960, pp. 59 ss.

³¹*Ibidem*.

³²*Ibid.*, p. 49.

³³*Ibid.*, p. 50.

El positivismo, el método científico exacto, es fabulosamente útil, más aún, absolutamente necesario para la superación de los problemas de la humanidad en constante desarrollo. Pero como cosmovisión es insostenible y acaba con el hombre.

Para hablar de sí mismo, el hombre ha de hablar precisamente de lo inexpresable. Para que su pensamiento toque la zona de lo auténticamente humano, ha de reflexionar precisamente sobre lo incalculable.

El pensamiento exacto solo no ofrece al hombre la realidad total. Más aún, limitarse a él, lleva a cerrarse ante la realidad y al absurdo. La filosofía ha de renunciar a su ambición de ser exacta del mismo modo que lo son la física y la química. Tiene una consistencia y universalidad propias, mucho mayores, en muchos aspectos, a las de la ciencia natural.

El pensamiento filosófico ha de encontrarse de nuevo a sí mismo. Y esto, en cierto sentido, siempre tendrá que ver con el intento de reflexionar, purificar y universalizar en una consideración mental responsable las decisiones espirituales fundamentales.

Si la fe no encuentra su lugar en el pensamiento filosófico, no es porque esté superada, sino por la crisis general de la conciencia en que nos encontramos.

La fe ha de mantener su acercamiento a la realidad total, lo cual implica un planteamiento radical del problema de la verdad, problema que no se puede abarcar bajo una concepción positivista. La fe ha de insertarse claramente en una pluralidad del espíritu humano, pluralidad que ya no se puede suprimir.

No se podrá probar, pero sí desde luego, comprenderse. Porque la aventura de la vida humana no se puede superar de otra forma. Pero precisamente su dificultad hace hermosa esta aventura.³⁴

Esta última afirmación de la belleza de la aventura humana redondea, a nuestro juicio, la afirmación planteada al inicio de ésta exposición: Joseph Ratzinger fue congruente, durante toda su vida, con una fidelidad absoluta a la Verdad, entendida como la correspondencia con la realidad, la cual requiere ser analizada siempre a partir de la consideración de todos los factores que la integran.

³⁴*Ibid.*, pp. 55-57.

El futuro del mundo a través de la esperanza del hombre

En los primeros tres capítulos Joseph Ratzinger sintetizó un rico y profundo diagnóstico del vínculo entre la fe y la ciencia, la existencia humana y la filosofía. Aquí se trató de conformar un ejercicio pronóstico. Su contenido estaba dirigido a ser el soporte de una serie de conferencias de difusión, del capítulo III de la primera parte de la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, del Concilio Vaticano II, dedicado a la actividad humana en el mundo.

Dicho documento planteaba el problema central de la actividad del hombre contemporáneo: la búsqueda y el encuentro del significado, alcance y consecuencias del progreso humano: «¿Qué sentido y valor tiene obtener los bienes por sí mismo? ¿Cuál es el uso que hay que hacer de todas las cosas? ¿A qué fin deben tender los esfuerzos de individuos y colectividades?»³⁵ Ratzinger organiza su respuesta a esos interrogantes mediante el planteamiento de una interesante hipótesis: frente a la idea del hombre como la esperanza del hombre con base en el desarrollo de su actividad, se presentan dos opciones: la de ser la esperanza del hombre en sí mismo o la de serlo en la humanidad de su redentor. A lo cual concluye *a priori*: Cristo, como ser humano, es la verdadera esperanza del hombre.

La respuesta se centró en el papel del Estado. Se planteó al inicio de la década de los años setenta del siglo XX, en plena Guerra fría entre dos sistemas diferentes de conducción social y económicos (capitalismo y socialismo) y, en ambos, se evidencia la esperanza del hombre en sí mismo mediante la planificación o el diseño de políticas públicas por parte del Estado. Ratzinger inicia con una exposición del problema del tiempo en san Agustín para poder ubicar el caso de la planificación como método y proponiendo un vínculo entre el tiempo presente y lo real:

San Agustín aborda en sus *Confesiones* el notable fenómeno del tiempo e intenta profundizar en su esencia. En su penetrante análisis tropieza con algo sorprendente: propiamente no existe en absoluto el presente como una magnitud delimitable.

³⁵Concilio Vaticano II, *Constitución Pastoral Gaudium et spes sobre la Iglesia en el mundo actual*, Roma, 1965, §33. https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html [acceso 24 de octubre de 2023].

En el instante en que me dispongo a llamar presente a algo, este presente es ya pasado y ha cedido su sitio a un nuevo instante. Considerándolo con precisión, el presente es sólo el punto inextenso en que se entrecruzan pasado y futuro. La impresión del presente surge únicamente porque nuestra conciencia condensa en una unidad un espacio de tiempo y lo entiende como su presente. El presente, por tanto, es un fenómeno psíquico, espiritual. Por esto son los presentes de los individuos tan diferentes, porque el sector de tiempo que abarcan y consideran como su ahora es totalmente desigual. Agustín investiga aún más en este punto y pregunta: si esto es así ¿qué es propiamente lo real? El pasado no existe ya, el futuro todavía no, el presente lo creamos nosotros mismos, al unir en un todo pasado y futuro. ¿Qué es entonces la realidad?³⁶

Ratzinger propone partir del reconocimiento del «presente *como* una creación de la conciencia humana que condensa pasado y futuro en un “hoy”»³⁷ y, presenta tres lapsos comprendidos mediante la conciencia del ser humano: «Hay tiempos que están totalmente repletos con el pasado, como en las culturas tardías, que no miran ya adelante sino sólo atrás [...] Existen, en cambio, otras épocas tan completamente absorbidas por la angustia del instante que no queda ninguna posibilidad de mirar atrás o adelante. Y finalmente hay épocas con todo su peso en el futuro, con un presente totalmente relleno con la mirada al mañana».³⁸

Así, procede entonces a explicar el sentido de la evolución como fenómeno fuertemente enraizado en el mundo contemporáneo y, a partir de ese punto, el futuro se convierte en la única posibilidad positiva. «Se pierden los límites fijos del ser, se pone de relieve la movilidad de todo lo real, la doctrina de la evolución es para el hombre, por así decir, desde dentro, algo verosímil y realizable».³⁹ Y concluye: «somos testigos de que nada de lo que existe está ya concluido, testigos de una realidad que no es permanencia sino devenir. El hombre de hoy mira al futuro. Su lema es “progreso”».⁴⁰

³⁶*Fe y futuro, op. cit.*, pp. 59-60. *Confesiones* XI, C. 13, 17, conclusión. Cfr. el análisis del texto hecho por von Balthasar, *Das Ganze im Fragment. Aspekte der Geschichtstheologie*, Einsiedeln, Benziger, 1963, pp. 21-25.

³⁷*Fe y futuro, op. cit.*, p. 60.

³⁸*Ibid.*, p. 61.

³⁹*Ibidem.*

⁴⁰*Ibid.*, p. 62.

Quizá esto pueda explicar por qué en la cultura contemporánea tendemos a entender el significado y el sentido como sinónimos, cuando su contenido es diferente: el significado es, a nuestro juicio, una respuesta ontológica, mientras que el sentido nos proporciona un contenido deontológico.

Sin embargo, la predicción de una ciudad del hombre, aún en un planteamiento deontológico, encierra un doble efecto: por un lado, el escenario de un futuro positivo y deseable y, por otro, la profecía de un futuro amenazante, negativo y peligroso. Ratzinger lo ubica en el hecho contradictorio de un mundo tan desarrollado tecnológicamente que es capaz de grandes realizaciones y logros, como la llegada del hombre a la luna, y al mismo tiempo la existencia de una humanidad con millones de seres muriendo de hambre: «Es más fácil de encontrar el camino a la luna que el camino del hombre hacia sí mismo [...] la misma técnica que abre tales oportunidades a la humanidad, ofrece también nuevos caminos a lo antihumano».⁴¹

En la «ciudad del hombre» la planificación cada vez mayor significa, también cada vez más, una planificación del hombre. Las erupciones que sacuden nuestra sociedad moderna son una inconsciente rebelión contra la total planificación de nuestra existencia, planificación que produce un sentimiento de ahogo al cual se quisiera oponer resistencia. La planificación produce dependencia y con ella una debilidad del individuo como quizá nunca antes la hubo [...] las energías de que nos alimentamos nos aparecen al mismo tiempo como las fuerzas que un día nos podrían destruir. La ciudad del hombre empieza a imponernos miedo: podría transformarse en sepultura del hombre.⁴²

Frente a ese posible futuro, concluye a partir de la propuesta de su fe:

El Dios cristiano no vino como *deus ex machina* para poner todo en orden a base de milagros, desde fuera, sino que vino como Hijo del hombre, para con-sufrir desde dentro la pasión del hombre [...] Crear la ciudad del hombre se convierte en un intento razonable cuando se sabe quién es el hombre. Cuando se conoce la medida de lo humano. Y la técnica se convierte en esperanza cuando recibe su módulo de orientación de la semejanza divina del hombre,

⁴¹*Ibid.*, pp. 63-64.

⁴²*Ibid.* p. 64. Esta ambivalencia de la evolución moderna está presentada con esmerada ponderación en Simon, P. H., *Woran ich glaube*, Tübingen, Leins, 1967, pp. 127-197.

que es el núcleo de su ser [...] En Él, y definitivamente sólo en Él, es el hombre la esperanza del hombre [...] El Reino de Dios será la ciudad del hombre. El Nuevo Testamento concluye con la visión de esta ciudad. Sin duda, esta ciudad significa el fin y la destrucción de todas nuestras planificaciones. Viene de arriba. Pero viene sólo porque y cuando el hombre ha recorrido y ha agotado el ámbito de su ser de hombre todo lo que ha podido [...] Así, de momento, nos queda sencillamente esto, probar la verdad de fe de que en Cristo el hombre se ha transformado en esperanza del hombre.⁴³

Qué aspecto tendrá la Iglesia del año 2000

Finalmente, se ha llegado a la visión de Ratzinger. Entonces, ¿se abandonó a la construcción del futuro? «El teólogo no es un adivino. Tampoco es un futurologo que, por los factores calculables del presente deduce el futuro.» Y agrega: «Su oficio escapa bastante al cálculo. Sólo en una mínima parte podría por tanto ser objeto de la futurología, que no es tampoco adivinación, sino que constata lo calculable y debe dejar en suspenso lo incalculable».⁴⁴ Aquí se valida nuestra postura de no estar frente a una «profecía». Se trata de un análisis prospectivo construido por un teólogo a partir de su fe: «Ya que la fe y la iglesia se internan hasta esa profundidad del hombre de la que brota continuamente lo nuevo creador, lo inesperado y no planificado, su futuro sigue siéndonos oculto incluso en la época de la futurología».⁴⁵

«Querer-saber-respuestas» podría ser sólo una manifestación de falta de visión histórica. Pero entonces, ¿tiene algún sentido nuestro tema? Puede tenerlo, si se es consciente de su limitación [...] el hombre necesita reflexionar sobre la historia, que reduce cada hecho irrealmente agrandado a las justas medidas [...] una reflexión sobre la historia, rectamente entendida, abarca ambas cosas: la mirada retrospectiva a lo precedente, y, a partir de ahí, la reflexión sobre las posibilidades y las tareas de lo porvenir, que sólo pueden esclarecerse si se abarca con la mirada un trecho mayor de camino y no se encierra uno ingenuamente en el hoy. También es verdad que la mirada retrospectiva no permite predecir el futuro, pero sí aminora la ilusión de lo completamente único.⁴⁶

⁴³*Fe y futuro, op. cit.*, pp. 64-66.

⁴⁴*Ibid.*, p. 67.

⁴⁵*Ibidem.*

⁴⁶*Ibid.*, p. 68.

Gran lección de prospectiva. Nos recuerda la cita de Antoine de Saint-Exupéry al afirmar: «El hombre sólo ve bien con el corazón»⁴⁷ para reforzar la idea según la cual, al ver con el corazón, el ser humano puede convertirse en un vidente del futuro, pero requiere, como en el caso de la fe, de una entrega: «sólo quien se da a sí mismo crea futuro. Quien sólo quiere instruir, quien sólo quisiera cambiar a los otros, permanece estéril».⁴⁸

Con esto hemos llegado a nuestra época y a la consideración del mañana. El futuro de la iglesia puede venir, y sólo vendrá, también hoy, de la fuerza de aquellos que tienen raíces profundas y viven de la plenitud pura de su fe. No vendrá de aquellos que sólo dan recetas. No vendrá de aquellos que sólo se acomodan al instante actual. No vendrá de los que critican sólo a los otros y se aceptan a sí mismos como norma infalible [...] Digámoslo positivamente: el futuro de la iglesia, también ahora, como siempre, ha de ser acuñado nuevamente por los santos [...] Por hombres que pueden ver más que los demás, porque su vida tiene mayores vuelos. El desprendimiento que libera a los hombres, sólo se alcanza por las pequeñas renunciaciones diarias a sí mismo [...] en esta pasión diaria y sólo en ella, se va abriendo el hombre palmo a palmo [...] Si es verdad que sólo se ve bien con el corazón, ¡Cuan ciegos estamos todos!⁴⁹

Aquí presenta la gran afirmación de este trabajo: «¡Permanecerá la iglesia de Cristo. La iglesia que cree en el Dios que se ha hecho hombre y nos promete vida más allá de la muerte!».⁵⁰

De la iglesia de hoy saldrá también esta vez una iglesia que ha perdido mucho. Se hará pequeña, deberá empezar completamente de nuevo. No podrá ya llenar muchos de los edificios construidos en la coyuntura más propicia. Al disminuir el número de sus adeptos, perderá muchos de sus privilegios en la sociedad. Se habrá de presentar a sí misma, de forma mucho más acentuada que hasta ahora, como comunidad voluntaria, a la que sólo se llega por una decisión libre.⁵¹

⁴⁷«Sólo con el corazón se puede ver bien; lo esencial es invisible a los ojos», Saint-Exupéry, A., *El Principito*, Biblioteca Digital, Instituto Latinoamericano de la Comunicación Educativa, ILCE, p. 84.

⁴⁸*Fe y futuro*, *op. cit.*, p. 73.

⁴⁹*Ibid.*, pp. 74-75. Cfr. también las estupendas reflexiones de Henri de Lubac, «Der Heilige von Morgen», *Geheimnis aus den wir leben*, Einsiedeln, Johannes-Verl, 1967, pp. 155-162; además, «L'église dans la crise actuelle», *NouRevTh*, 91, no. 6, 1969, pp. 592 ss.

⁵⁰*Fe y futuro*, *op. cit.*, p. 76.

⁵¹*Ibidem*.

Después de hablar de la voluntad, es decir, de presentar la forma de la libertad en esa nueva organización eclesial, la enriquece con la figura que adoptará la respuesta al llamado, la vocación de sus miembros:

Como comunidad pequeña, habrá de necesitar de modo mucho más acentuado la iniciativa de sus miembros particulares. Conocerá también, sin duda, formas ministeriales nuevas y consagrará sacerdotes a cristianos probados que permanezcan en su profesión: en muchas comunidades pequeñas [...] la iglesia habrá de encontrar de nuevo y con toda decisión lo que es esencialmente suyo, lo que siempre ha sido su centro: la fe en el Dios trinitario, en Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, la asistencia del Espíritu que perdura hasta el fin de los tiempos.⁵²

Para concluir, enriquece su escenario prospectivo con un retorno a su propuesta y forma inicial centrada en su naturaleza:

Volverá a encontrar su auténtico núcleo en la fe y en la plegaria y volverá a experimentar los sacramentos como culto divino, no como problema de estructuración litúrgica. Será una iglesia interiorizada, sin reclamar su mandato político y coqueteando tan poco con la izquierda como con la derecha. Será una situación difícil. Porque este proceso de cristalización y aclaración le costará muchas fuerzas valiosas. La empobrecerá, la transformará en una iglesia de los pequeños.⁵³

Y culmina sus observaciones y reflexiones de manera bellísima:

Pero tras la prueba de estos desgarramientos brotará una gran fuerza de una iglesia interiorizada y simplificada. Porque los hombres de un mundo total y plenamente planificado, serán indeciblemente solitarios. Cuando Dios haya desaparecido completamente para ellos, experimentarán su total y horrible pobreza. Y entonces descubrirán la pequeña comunidad de los creyentes como algo completamente nuevo. Como una esperanza que les sale al paso, como una respuesta que siempre han buscado en lo oculto. Así que me parece seguro que para la iglesia vienen tiempos muy difíciles. Su auténtica crisis aún no ha comenzado. Hay que contar con graves sacudidas. Pero también estoy completamente seguro de que permanecerá hasta el final: no la iglesia del culto político, que ya ha fracasado en Gobel, sino la iglesia de la fe.

⁵²*Ibidem.*

⁵³*Ibidem.*

Ya no será nunca más el poder dominante en la sociedad en la medida en que lo ha sido hasta hace poco. Pero florecerá de nuevo y se hará visible a los hombres como patria que les da vida y esperanza más allá de la muerte.⁵⁴

Conclusión

Hemos presentado la forma como el profesor Ratzinger construyó su idea del futuro de la Iglesia. Se ha evidenciado cómo nos encontramos frente a un ejercicio prospectivo —más que a una revelación divina— construido a partir de un ejercicio retrospectivo en los tres primeros capítulos para, después, desarrollar un ejercicio diagnóstico y, finalmente, la construcción de un escenario posible, más que la transmisión de una revelación divina.

No se trata, como planteamos en nuestra hipótesis inicial, de una profecía, se trata de un trabajo académico en una de las disciplinas del conocimiento más extrañas en el mundo contemporáneo: la teología. Sorprende la seriedad y profundidad del trabajo, su racionalidad, su erudición y, al mismo tiempo, su sencillez y claridad expositiva. Pero, a nuestro juicio, lo que más nos sorprende y agrada es el permanente compromiso y fidelidad a la Verdad, así como su incansable observación de la realidad que abarca la totalidad de factores que la integran: no se trata de un estudio de una parte del mundo, sino del mundo en su totalidad y en su tiempo y espacio.

En esta reflexión del futuro se encuentran algunos de los múltiples aportes que el profesor Ratzinger ha heredado al ser, al estar, al sentido y al significado del conocimiento humano, lo cual ayuda, sin lugar a dudas, a la integración del Pueblo de Dios.

⁵⁴*Op. cit.*, p. 77.

SEMBLANZAS

Juan Pablo Aranda Vargas

Es profesor-investigador de la UPAEP y del CONCYTEP; encabeza la dirección de Formación Humanista. Es licenciado en Ciencia Política por el ITAM, y maestro y doctor en esta disciplina por la Universidad de Toronto. Su investigación se enfoca en el estudio de fenómenos teopolíticos, con especial énfasis en el estudio de las relaciones entre democracia, populismo y el pensamiento cristiano. juanpablo.aranda@upaep.mx

Luis Ignacio Arbesú Verduzco

Es profesor-investigador de la UPAEP y del CONCYTEP. Maestro y doctor en Ciencia Política por la Universidad de París IX. Condecoración al Mérito Docente por la Secretaría de la Defensa Nacional. Reconocimiento al Mérito Científico por la Universidad Veracruzana. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores y de la Red de Asociaciones de Investigadores y Científicos Españoles en el Exterior (RAICEX). luisignacio.arbesu@upaep.mx

Uriel Ulises Bernal Madrigal

Es Profesor-Tutor de la Facultad de Filosofía y Teología de la UPAEP, Maestro en Filosofía de la Cultura y cursa el Doctorado en Filosofía Contemporánea. Investigador visitante en la Universidad de Navarra en otoño de 2018. Sus líneas de investigación están centradas en los estudios aristotélicos, la historia de la filosofía, el humanismo y pensamiento cristianos, así como el diálogo entre fe y razón, sobre lo cual ha realizado algunas publicaciones y presentado ponencias en congresos nacionales e internacionales. urielulises.bernal@upaep.mx

Roberto Casales García

Licenciado y maestro en Filosofía por la Universidad Panamericana, y doctor en Filosofía por la UNAM. Es profesor-investigador de la UPAEP y del CONCYTEP; desde 2016 es director académico de la Facultad de Filosofía y Teología de la UPAEP. Forma parte de la Red Iberoamericana Leibniz desde su fundación en 2012, de la North American Kant Society, del grupo Ágora de la UTPL en Loja-Ecuador, del Centro de Estudios en Familia y Sociedad de la UPAEP, así como del Sistema Nacional de Investigadores del CONAHCYT, nivel I. roberto.casales@upaep.mx